

**DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Joan M. Mayol, monje de Montserrat**  
**14 de julio de 2013**  
**Dt 30, 10-14; Col 1, 15-20; Lc 10, 25-37**

La parábola que Jesús vuelve a proponer hoy al mundo entero, por medio de su Iglesia, hermanos, nos es motivo de alegría y de esperanza. El desenlace de la breve historia narrada nos hace ser más conscientes del incalculable número de "practicantes", quizás no demasiado "creyentes", que junto con los fieles, en medio de la crisis ética y social actual, viven anónimamente el primado del amor que esta narración evangélica contiene.

La parábola propiamente ejemplifica la actitud que debe distinguir a los discípulos del Reino, por ello el diálogo entre el maestro de la Ley y Jesús que nos propone san Lucas no deja de ser, sobre todo para los creyentes, un toque de alerta para reavivar y vivir con corazón más ensanchado la fe que profesamos con los labios.

Los dos primeros personajes que se acercan al hombre malherido, nos dice el texto, venían de Jerusalén. El uno, como sacerdote, seguramente había oficiado en el templo y volvía a su casa; había contemplado la belleza de la casa del Señor, participado de sus cantos de fiesta, ofrecido el incienso y sacrificado el sacrificio de comunión. Y el segundo, el levita, seguro que había encontrado algo nuevo y apasionante en el estudio minucioso de la Ley que corroboraba sus seguridades y confirmaba la tradición recibida. Pero ni la experiencia del culto ni la comprensión más docta de la Ley, ante el infortunio de aquel desconocido, fueron capaces de generar en su interior el fruto del amor que el culto y la Ley están llamados a suscitar en el corazón del creyente. Sin amor todo es banal, hasta lo más sagrado. En cambio, el samaritano, religioso, "de aquella manera", con una doctrina sobre Dios poco clara, por el sorbo profundo de compasión que le suscitó la debilidad extrema de aquel desgraciado, actuó con un amor digno del evangelio. Curioso. ¡Sorprendente!. ¡Preocupante, diría yo! Todo es sagrado cuando el amor se hace verdaderamente presente.

A la cuestión que responde la parábola no es quién es mi prójimo como quien busca clientes para ampliar el curriculum de cara a la vida eterna tal como apuntó maliciosamente el maestro de la Ley, sino cómo vivir hoy, con autenticidad y coherentemente, la proximidad de Dios que llena el alma del creyente con el don de su amor, que ilumina con su Palabra el fondo más oscuro de su corazón para curar sus heridas. Porque si su presencia en nuestra vida esencialmente es alegría de ser amados -y la alegría, como el amor, son expansivos, es más, no llegan a ser plenos hasta que no se comunican al otro, hasta que no llegan a compartir el mismo gozo y el mismo bienestar- al prójimo no habrá que seleccionarlo de entre un montón, lo encontraremos en el camino, lo que hay que hacer es dejar que el amor de Dios que habita en nuestro corazón se haga tangiblemente próximo a través nuestro al otro en toda ocasión, pero sobre todo cuando ese otro se convierte en víctima del sufrimiento. La acción no es realizada en vistas a ninguna recompensa interesada, el creyente se siente movido a compasión no por el supuesto beneficio que obtendrá sino por el valor mismo de su vida y por la vida que Jesús ha dado por él. Y es que el amor de Dios, cuando lo acogemos en nuestro interior de verdad, siempre sabe suscitar lo mejor de nosotros mismos.

Hacerse próximo al otro, sin embargo, no debe querer decir invadir su espacio vital y solucionarle todo, más bien debe ser darse cuenta de su fragilidad y tratarla con respeto, lavar con mucho cuidado las llagas para que no se infecten y agraven más

aún su precaria situación, y vendar con delicadeza las heridas para que cicatricen y recupere la salud tal como nos ha descrito la parábola del samaritano bueno. Todo esto, ya lo vemos, no son cinco minutos, requiere tiempo, pide darse sin cansarse. El creyente renueva sus fuerzas retornando constantemente, por medio de la oración, al amor de Dios que le es fresca en el alma, y luz y coraje para el espíritu.

Con todo, la respuesta ineludible que toda persona debe dar en la vida concreta es la que determina la calidad profunda de su verdadera identidad más allá de su filiación religiosa. La conclusión de la parábola es muy clara; dirigida al interior de la Iglesia y hacia fuera como una sola unidad. Tú, ve y haz igual!

En el prefacio que abrirá la Plegaria Eucarística de esta misa cantaremos la ejemplificación máxima de esta parábola que se da en Jesús. Él, que es imagen de Dios invisible, en su manera de vivir y de morir –amando- ha revelado el verdadero rostro de Dios haciéndose buen prójimo de toda la humanidad.

La Eucaristía, memorial de este amor samaritano del Señor, nos es prenda de vida eterna. Que ella despierte nuestro corazón, nuestra alma, todas nuestras fuerzas y nuestro pensamiento, para que, percibiendo que somos queridos así por Dios hagamos igual con todo el mundo, como hizo el Buen Samaritano.